

nente católico, y “muy deficiente”.

Influido por su padre marchó a El Escorial para estudiar Derecho, aunque terminó en la Universidad Central, antecesora de la Universidad Complutense de Madrid, donde se licenció también en Filosofía y Letras. Fue entonces cuando el jurista y pedagogo adquirió contacto con el filósofo Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, que fue famosa por defender la libertad de cátedra y la educación laica, alejada de dogmas religiosos, políticos y morales. Esta organización para nada fue marginal, pues estuvo secundada por intelectuales tan reconocidos como Leopoldo Alas ‘Clarín’, Antonio Machado, José Ortega y Gasset, Joaquín Sorolla y otras personalidades comprometidas con la renovación educativa, cultural y social. A principios de siglo jugaron un papel importante, como asesores de los ministros del ramo.

El viaje a Europa que le cambió su noción de la educación

Eso sí, fue el viaje a Europa de 1902, junto al también pedagogo Miguel Pérez Molina, que era el dueño de la Academia General de Enseñanza de Ciudad Real, el que cambió su vida. Entonces José Castillejo fue consciente de las “condiciones deplorables” de la educación española y la necesidad de importar los modelos educativos de los países del entorno, Francia, Alemania, Inglaterra e incluso la Italia recién unificada. En el epistolario publicado en 1997, el primer tomo bajo el título ‘Un puente hacia Europa’, David Castillejo titula las cartas emitidas por su padre a su llegada a Lyon como ‘Dos paletos españoles en Francia’. El choque cultural fue tremendo, ya que, según describe Isidro Sánchez, “tenemos que recordar que “ambos ni siquiera venían de Madrid o Barcelona, sino de Ciudad Real, una provincia de interior y atrasadilla, por no decir atrasada”.

De esta aventura han quedado sus profundas descripciones de la educación en ciudades como Zúrich. José Castillejo se asombró de la larga lista de establecimientos de enseñanza: la escuela politécnica, de arquitectura, de dentistas, las escuelas populares, de primaria, de obreros de metales, para señoritas, para mayores de 6, para “niños raquíuticos”. Se maravilló de los edificios, la piedra, los mármoles, jardines, clases, gabinetes, salones, “un mundo”. José Castillejo comprobó que la religión no aparecía en las clases por lo menos hasta los 13 años y que los padres eran libres de llevar a sus hijos ante el sacerdote católico o el pastor protestante. Esa era “la única rama” donde España llevaba la delantera.

No todo era educación. A José Castillejo le llamaron la atención “el incalculable número de bicicletas” por las calles europeas, el espíritu de asociación entre la ciudadanía de Bruselas, las muchachas de Berlín que andaban “solas por todas partes” y volvían a sus casas “a altas horas de la noche”, y el catalán en Barcelona. “Yo habría creído que el idioma catalán era aquí como el vascuence en las Provincias, hablado solamente por el pueblo del campo. No es así. Estoy aquí peor que estaré en Lyon o en Ginebra, porque el francés podré comprenderlo y esto no”, describió en una carta a su familia. Su epistolario, publicado en tres tomos, es la mejor forma de conocer su vida cotidiana, su “curiosidad infinita”, y de repasar las misivas que intercambiaba con grandes personalidades de la época, como la



humanista María de Maeztu, el filólogo Ramón Menéndez Pidal, el ministro socialista Fernando de los Ríos o el filósofo Tomás Navarro.

Después estudió varios años en Alemania, desde

El contacto con la Institución Libre de Enseñanza y el filósofo Francisco Giner de los Ríos marcó su vida, aunque fue muy significativo el viaje que hizo en 1902 por Lyon, Berlín y Ginebra, del que se conservan cartas con sus descripciones de la educación y sus impresiones de la forma de vida en Europa

donde viajó por toda Europa central, y también visitó Gran Bretaña, “gran país” del que quedó prendado también por amor, pues se casó con Irene Claremont. Conocía el inglés, el alemán, el francés

y algo de italiano. Isidro Sánchez cuenta que “fue un hombre realmente muy inteligente, además de trabajador. Y, sin embargo, muy normalito y austero”, añade. En Europa es donde absorbió los movimientos pedagógicos de la época. “Hay personas que dicen que, como ya está casi todo inventado, lo que tenemos que hacer es copiar. Pero hay que copiar bien, porque encima hay gente que copia y copia mal. Para él Europa era un referente”, concluye el historiador.

La JAE y los primeros docentes becados en Europa

La “gran obra” de José Castillejo fue la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, dependiente del Ministerio de Educación a partir de 1907. Isidro Sánchez explica que “la JAE es un organismo que va a promover el avance de la educación en España y para ello va a hacer hincapié en la formación de los educadores”. Con el pedagogo manchego como secretario y el científico español y Premio Nobel Santiago Ramón y Cajal como presidente, esta institución impulsó las primeras